

Hé ahí la razón por qué exijo un insulto serio, un insulto sangriento.

Después, aquí para entre nosotros, no negareis que yo tengo el derecho de elegir las armas, ¿no es verdad? Pues bien, quiero conservar este derecho porque deseo mataros.

Los lejanos acordes de la orquesta, aunque muy amortiguados por la distancia, se oían débiles é indecisos en el invernadero.

El conde volvió á agarrarse del brazo de Fritz, y aparentando hablar de cosas indiferentes, estos dos hombres, de los cuales el uno debía matar al otro antes que pasasen veinte y cuatro horas, volvieron á entrar en el salón y se mezclaron con los grupos de los demás convidados.

La función había cambiado de aspecto: se había concluido el baile, y en la entrada de la gran puerta del salón se había improvisado un teatrillo portátil.

El teatrillo del signor Chinela, bien conocido de los jovencitos que acostumbraban concurrir á los Campos Eliseos y al jardín de las Tullerías.

Colocado en círculo ante la tienda de cutí rayado, el auditorio infantil abría sus ojos desmesuradamente y palmo-teaba aun antes de comenzar la representación.

El baron Matifay, á quien no se había visto durante toda la noche, se había decidido, al fin, á venir á hacer, durante algunos instantes, los honores de su casa.

Encorvado, con las mejillas hundidas y la mirada fija constantemente en el vacío, ó como si estuviese soñando, parecía que acababa de salir de una larga enfermedad.

Los últimos quince días habían sido para él tan largos y tan pesados como quince años.

Se sentó, ó por mejor decir, se dejó caer en el sillón de honor que le habían reservado, y con un gesto vacilante hizo señal para que empezase el espectáculo.

Cipriana, risueña y fresca como una rosa, vino á colocarse cerca de aquel viejo que era su marido, y después hizo señas con la mano á Liliás para que viniese á su lado.

Para que la niña pudiese obedecer á su joven mamá, le era necesario, ó pasar por medio de las filas apiñadas de los espectadores, ó dar un gran rodeo al rededor de las paredes de la sala.

En este caso, tenía que tropezarse necesariamente con la pareja muda del conde y del coronel Fritz, que estaban los dos de pie en el hueco de una ventana.

Al pasar delante de Loredano, Liliás se sonrió del modo mas gracioso.

Esta sonrisa era suficiente, por lo general, para disipar toda tristeza del rostro del conde; pero aquel día no hizo sino aumentarla.

Loredano se arrepintió sin duda de haber manifestado aquel sentimiento de odio injusto, porque con su voz mas cariñosa volvió á llamar á Liliás.

El coronel, á su vez, dirigía alternativamente miradas de tristeza al conde y á la niña.

Loredano sorprendió una de aquellas miradas; sus labios

se plegaron al principio de una manera irónica, pero bien pronto se dijo también que aquella era una mala venganza y que no estaría bien hecho el privar á aquel hombre, en visperas de morir, de que abrazase á su hija.

É inclinándose hácia él, le dijo en voz baja:

— Fritz, abrazad á vuestra hija.

El coronel se apoderó de Liliás con un movimiento apasionado, y estampó dos besos ardientes en las sonrosadas mejillas de la niña sorprendida y atemorizada.

Después, volviéndola á poner en tierra, con la frente erizada, resuelto y con el ojo inflamado, le dijo á Loredano:

— Ahora estoy pronto; haced de mí lo que queráis.

El telón del signor Polichinela se levantó, y el auditorio infantil, entusiasmado, aplaudía con todas sus fuerzas la entrada en escena del malandrín jorobado.

El conde y el coronel se trasladaron al salón de juego, en donde habían quedado todavía algunos furiosos apasionados.

XXXVI

ENTRE BASTIDORES.

La representación del signor Chinela debía ser el final de la fiesta, y su duración se había calculado de manera que viniese á correrse el telón á eso de las doce.

No se quería fatigar demasiado al infantil auditorio.

El teatrillo daba por su parte interior á aquel mismo salón ó rotonda en donde hemos oído, al principio de esta historia, al coronel y á Loredano, tramar el casamiento de Cipriana.

En este salón estaban dos de nuestros personajes, Chinela y la condesa de Monte-Cristo.

Y sin embargo, hemos visto que la condesa se había excusado de no concurrir á la fiesta del baron Matifay.

Por eso no estaba en traje de baile, y el que entonces vestía había hecho un singular contraste en aquella sala alumbrada por las mil luces de las arañas y candelabros, y en donde se reflejaban los variados vislumbres de las telas de seda y de los diamantes.

Envuelta en un largo vestido negro, con la cabeza cubierta con un velo flotante, Elena parecía mas bien una viuda que acaba de depositar en la tumba á su único amor, que una condesa joven y brillante vestida para una fiesta.

Chinela tenía su teatro montado sobre una máquina de ruedas, y esperaba la señal de Elena para hacerlo rodar empujándolo hácia adelante y abrir de par en par la gran puerta que le separaba del público. Pero Elena ni hacía la señal, ni pensaba en hacerla.

Sentada, ó mas bien, hundida en la otomana circular que

ocupaba el centro de la pieza, estaba abismada pensando en la terrible partida que iba á jugar dentro de algunos minutos.

De esta partida dependía la única felicidad de que pudiese gozar en adelante en esta vida, ó el solo dolor que pudiese experimentar su alma verdaderamente varonil.

Iba á saber si la Pippione era ó no era su hija.

Chinela se acercó á ella despacito, pero no se atrevió á interrumpirla en su meditación.

El carácter de este italiano era muy particular: una mezcla de cualidades buenas y malas; cobarde por naturaleza, valiente en ciertos momentos, capaz de robar ó de dar el único pedazo de pan al primer pobre que se presentase, según la disposición de ánimo en que se hallase.

Le hemos visto calcular únicamente el mejor modo de explotar el sentimiento mas puro y sagrado que hay en el mundo, el amor maternal.

Y hoy, precisamente á causa de ese mismo sentimiento, se había hecho el esclavo de Elena, y la servía casi con desinterés.

Es verdad que también pensaba á menudo en que aquellas monedas de oro y aquellos billetes de banco encerrados en el fondo del cofrecito que le habían ofrecido, serían para él; pero la perspectiva de tener estos valores no era la principal razón que le hacía obrar.

Aun cuando no le hubiesen dado, ni prometido nada, no por eso habría dejado de proceder del mismo modo.

Y aun habría hecho mas: habría sacrificado aquel cofrecito, los doblones de oro y los billetes que contenía, porque fuese la Pippione, realmente, la hija tan buscada por aquella madre afligida y enlutada.

Elena continuaba sumida en su meditación.

— Señora, dijo Chinela con voz tímida, son las once.

La condesa de Monte-Cristo levantó la cabeza como si acabase de despertar de un sueño.

— Teneis razón, dijo.

Dió una mirada distraída hácia el teatrillo y preguntó:

— ¿Está todo preparado?

— Todo, respondió Chinela.

— Y tú, ¿te acuerdas bien de tu consigna?

— La tengo bien presente.

— ¿Tendrás cuidado de mirar atentamente y examinar bien á todos los asistentes al espectáculo, mientras que estas haciendo maniobrar á tus muñecos?

— He pensado en todo, dijo, señalando á la condesa una rendija imperceptible hecha en el biombo que servía de fachada á su teatro portátil.

— Bueno, dijo la condesa. Te encargo mucho, Chinela, que trates de recordarte bien de las facciones de aquel hombre.

— Hace ocho días, contestó el italiano, no hago mas que estar pensando en él, continuamente, y si yo fuera pintor, creo que podría hacer su retrato. Esta noche misma, lo he tenido aquí delante de mis ojos, y su fisonomía está de tal manera grabada en mi mente, como si la hubiera impreso en mi cabeza con agua fuerte. Nosotros somos como los

gendarmes, señora, quizás porque hacemos lo contrario de lo que ellos hacen. Cuando nos es necesario acordarnos de las facciones de algun rostro, ó del sonido de alguna voz, no lo olvidamos nunca.

— Entonces, ¿crees que si estuviese aquí entre los concurrentes, lo reconocerías?

— Estoy seguro de ello, respondió Chinela sin titubear y en un tono que no dejaba duda; aun cuando hubiese envejecido y encanecido; aun cuando se pusiera una peluca, una barba postiza y anteojos, lo reconocería.

— Aquí hay un gran número de personas convidadas; piensa que es entre esas personas en donde será preciso saberlo distinguir.

— Yo lo reconoceré entre mil.

— ¡Ea! pues entonces á la obra, dijo mas bien con el gesto que con la palabra la condesa de Monte-Cristo, que debía experimentar en aquellos momentos la resolución, la esperanza y el desaliento que debió sentir el rey de la leyenda al arrojar al mar la copa de oro cincelada.

En este momento fué cuando se abrieron de par en par las puertas del salón y apareció el teatro del signor Polichinela, cuya aparición fué recibida por el auditorio infantil con palmadas y gritos de entusiasmo y alegría.

En el primer piso de aquella casa en donde reinaba tanta algazara y regocijo, y en el saloncito particular de Cipriana, se hallaba una mujer llorando y orando.

Esta mujer era la condesa Hortensia de Puysaie.

Aquella misma mañana había recibido una carta que le había hecho abandonar el *Refugio*. La carta de una persona á quien ella miraba como á su superiora, á la que no es posible resistir.

Una carta de la señora de Monte-Cristo.

Le era, sin embargo, bien doloroso el tener que volver á presentarse en aquella casa de donde antes había huido por orden de esa misma persona; pero ahora no conocía mas que un deber, el de obedecer.

El billete lacónico de la superiora lega de la orden del *Refugio*, estaba concebido en estos términos:

« Hoy va á decidirse la suerte de todos los vuestros. Hoy es el día en que Cipriana obtendrá su libertad, y los culpables recibirán su castigo. Loredano necesitará que le den ánimo; necesita vuestro perdón, y él también tiene que perdonar. Venid. »

Y la condesa Hortensia, obedeciendo, había venido.

Muchas veces durante el día había vuelto y revuelto en su imaginación aquellas palabras que encerraban un sentido misterioso.

Cada una de las aserciones de este billete vago, era para ella como una interrogación, como un enigma.

Cipriana iba á ser libertada ¿de qué manera? y ¿qué papel tenía ella que representar en este drama?

Los culpables iban á recibir su castigo: ¿quiénes eran estos culpables? ¿de qué modo iba á imponérseles este castigo?

Una sola cosa le aparecía clara á Hortensia: era el que iba á hallarse cara á cara con Loredano. Que este tenía que recibir un perdón y otorgar otro, uno de esos perdones que no se piden, y que solo se obtienen en el artículo de la muerte.

¿Corría algun riesgo de muerte el conde de Puysaie? ¿Qué misión era la que le había reservado ese ser venerado y terrible á la vez, que se llamaba la condesa de Monte-Cristo, en el desenlace de la tragedia y trama de que ella sola tenía todos los hilos?

Por eso Hortensia estaba sumamente agitada en medio del flujo y reflujo que hacían en su imaginación tan encontrados pensamientos.

Sin embargo, no titubeó, y sucediera lo que quisiera, esperaba que todo sería para bien, supuesto que Elena lo había querido.

Así solo pensó en ponerse en oración.

Rogaba al mismo tiempo por las víctimas y por los verdugos; por su hija que iba á hallarse libre, y por los malos que iban á recibir el castigo.

Pensaba también con gran congoja en aquel momento supremo en que ella se volvería á encontrar en presencia de su marido, cuya existencia había hecho tan desgraciada.

¿Qué iba él á decirle?... ¿Qué le respondería ella?

Pero aceptaba esta última expiación valerosamente, como un castigo merecido, y el principio de la rehabilitación prometida.

El telón se había levantado, y el signor Polichinela hacia brillar con grande éxito su verbosidad inagotable.

Su terrible bastón se sentaba sin misericordia sobre las costillas de su mujer, del comisario, del verdugo, del diablo y del gato, y me los traía á mal traer á todos, y al ruido de los palos oíanse mil risas francas y alegres chillidos del inocente auditorio.

Haciendo maniobrar á sus muñecos con sus manos, Chinela había pegado su ojo á la rendija hecha artísticamente en la fachada del teatro, y escudriñaba con la mayor atención á todos los espectadores, cuando héte aquí que el signor Polichinela dejó caer de repente su terrible garrote, y Chinela exclamó:

— ¡Ya le veo!

— ¿En dónde? preguntó ansiosamente la condesa.

— Allí. Es aquel señor viejo que está sentado en un sillón cerca de aquella señorita joven y hermosa que tiene una niña en sus rodillas.

Admirados los niños del repentino silencio de los polichinelas, se miraban unos á otros sin atinar la causa de aquella interrupción.

Pero no duró más que unos momentos.

El signor Polichinela volvió á apoderarse de su clásico y tradicional garrote, y dió con él un fuerte garrotazo en la cabeza del diablo.

La representación se acercaba ya á su fin.

Sorprendido Chinela del silencio de Elena, se volvió para ver lo que hacía.

Pero Elena ya no estaba allí.

En aquel instante el gran reloj del salón daba las doce de la noche.

XXXVII

EL INSULTO.

Al oír dar las doce, la mirada del barón se hizo vaga y como extraviada, todo su cuerpo se estremeció.

Esta era la hora precisa, la hora terrible en que se alzaba ante sus ojos cada noche la terrible aparición...

¿Vendría á buscarle hasta en medio de aquella concurrencia?...

En este momento sintió una presión ligera como una caricia sobre el hombro, pero que le pareció á él que venía de una mano tan helada y fría como la del Comendador.

Se volvió para mirar, y dando un gran grito, se levantó para huir; pero sus piernas, que se chocaban entre sí con un terror convulsivo, rehusaron sostener el peso de su cuerpo, y cayó casi exánime cuando largo era en el suelo.

La señora de Monte-Cristo, cubierta con su traje de luto é inmóvil como una estatua, se encontraba á su lado, y echándole una mirada de desprecio y de venganza satisfecha, sin dignarse responder una sola palabra á la multitud de gentes que la rodeaban, atravesó el salón en toda su longitud, y desapareció como había venido, cual si fuera un espectro que se pasease en medio de los vivos.

Después que hubo pasado el primer momento de estupor, las gentes acudieron á socorrer al barón que permanecía en el suelo sin sentido.

El doctor Ozam, que se hallaba presente, le hizo trasportar á su cuarto, y ya se disponían los convidados á retirarse, no sin haber hecho antes mil comentarios sobre el singular acontecimiento que se reproducía por segunda vez en el palacio Matifay, cuando, en el momento de salir, fueron detenidos por las voces tumultuosas que se oían en la sala del juego.

Acababa de realizarse en él, según había sido arreglado de antemano, el programa impuesto á Fritz por Loredano.

El coronel había insultado públicamente al conde de una manera grave, y los dos adversarios se daban públicamente, también, cita para el día siguiente por la mañana.

El barón de la Cruz era el padrino de M. de Puysaie, y el coronel había elegido, entre los caballeros presentes, el primero que se había presentado á su vista.

Luego que se hubo retirado toda la concurrencia, desconcertada por el doble incidente trágico de aquella noche desgraciada, el conde se quedó solo con M. de la Cruz.

— ¿Qué queréis? le preguntó Loredano, al ver que aquel indicaba por su actitud que esperaba alguna cosa.

— Recibir mis instrucciones, le contestó.

— Son muy sencillas, dijo el conde. Id á veros con esos

señores. Yo soy el dueño de la situación, y estoy persuadido que el coronel aceptará las condiciones que le imponga, por duras que estas sean.

— ¿Pero su padrino? preguntó M. José con aire dudoso.

— Si su padrino no quiere aceptarlas y se retirase, nos batiremos entonces los dos solamente en vuestra presencia. — Este no es un favor ordinario el que os pido me hagais, M. José. — Sé bien toda la responsabilidad que pesaría sobre vos en este caso; pero me habeis dicho que erais mi amigo.

— Y lo repito, contestó gravemente el joven vizconde. A cualquiera parte á donde vayais, y sea lo que quiera lo que hagais, siempre me hallareis á vuestro lado, mi querido conde.

— Pues bien, id á veros con esos señores: — yo me bato á la pistola — á diez pasos; — nos haremos fuego mutuamente hasta que caiga el uno de los dos, y como ni el uno, ni el otro somos torpes, y sabemos manejar el arma, espero que el combate no será largo.

Hallaos mañana á las seis de la madrugada en Meudon, al pie del terrado del palacio.

M. José escuchó sin pestañear estas terribles condiciones, y después, inclinándose respetuosamente ante este hombre que quizás iba á dejar de existir dentro de algunas horas, le dijo:

— A las cinco de la mañana me tendreis allí, querido conde.

Cuando el conde de Puysaie se quedó enteramente solo en aquellos grandes salones, continuó paseándose durante algun tiempo, absorto en una meditación profunda.

Y luego, haciendo el ademán de un hombre que acaba de tomar una resolución suprema, atravesó el vestíbulo y se dirigió á su habitación particular.

Durante este tiempo, pasaba una escena bien diferente en la habitación de Cipriana.

La joven acababa de hallar allí á su madre.

A su madre, á la que no había visto hacia tantos días...

Y mutuamente estrechadas en sus brazos, lloraban una y otra silenciosamente.

Lilias, admirada, no hacía más que mirarlas...

Luego que pasó la primera efusión de cariño, también ella recibió su parte de caricias. — Y en seguida, con voz entrecortada, Cipriana contó á su madre los tristes sucesos que acababan de pasar.

— ¡Ah!... hé ahí, exclamó la pobre mujer, lo que yo me temía... Conozco demasiado bien el motivo que ha ocasionado la disputa con el coronel Fritz... — Ese insulto no ha sido más que un pretexto, — y precisamente por evitar que llegase este caso, es por lo que yo te había sacrificado, ¡mi pobre Cipriana! y hé aquí que hoy, á pesar de todas mis precauciones, el duelo se ha hecho inevitable.

Después, tomando á Lilias en sus brazos, exclamó:

— ¡Ah!... hija cruel y querida... causa involuntaria de todas nuestras desgracias... remordimiento adorado... ojalá no llegues nunca á saber todas las lágrimas que nos has costado, y quizás, quizás cuánta sangre...

Pero ¡eso es horroroso!... ¡eso no puede ser!...

Dentro de algunas horas, una de mis hijas será huérfana, por mi culpa, y yo no sé, á la verdad, en este instante, cuál de las oraciones en favor de uno de estos dos hombres que van á matarse, sería una oración impía...

El pedir por la vida de uno, ¡ay! es pedir por la muerte del otro.

Luego que entró en su gabinete el conde, se puso á arreglar sus últimas disposiciones.

Por animoso que uno sea, se siente con el corazón oprimido y angustiado en aquellos supremos momentos en que va á arriesgar su vida con la de otro.

Durante aquella solemne velada, Loredano vió representarse en su imaginación, como en un espejo, toda su vida pasada, su infancia descuidada, su adolescencia poblada de sueños dorados, su virilidad, durante la cual no había hecho más que marchar en medio de brillantes resultados, hasta la hora fatal en que había llegado á conocer por primera vez, y á adquirir las pruebas de la falta de Hortensia.

Después se le representó el cuadro de sus propias debilidades y faltas.

¡Ah! ¿era él verdaderamente responsable de sus faltas y debilidades?

Animado, sostenido, amado como él se sentía digno de serlo, ¿habría sucumbido alguna vez?

La sola persona culpable, su mal genio, había sido Hortensia... Hortensia que había faltado á sus deberes y lo había vendido...

Y ¿por quién?... ¡por un coronel Fritz!

Esta idea atravesó como un rayo su cerebro en un momento de furor.

Dispuesto á castigar al uno, sentía un goce feroz en castigar también á la otra.

Ya que trataba de hacer justicia, era necesario hacerla por completo.

¡Hortensia!... ¡Ah!... ¡cuánto la había amado!... Si ella hubiese querido, ¡cuán dulce y bella habría sido la existencia de ambos!

Pero, reflexionando con algo más de sangre fría, se vió obligado á confesarse que respecto á Hortensia, él había sido el primer culpable.

Siendo inocente todavía, él no había sabido conocerla, y en la época del nacimiento de Cipriana, se había dejado impresionar con demasiado facilidad por una coincidencia fatal de fechas.

Celoso póstumo del caballero de Alisios, había alejado de sí á Cipriana, á su hija, á aquel ángel de la guarda de las madres jóvenes.

Y sin haber muerto todavía, había hecho de Hortensia su viuda.

La había dejado abandonada, sola, triste, sin defensa y á merced del primer seductor que se presentase: y este seductor había sido el coronel Fritz.

Este era el verdadero culpable; porque él había sido quien, con entero conocimiento de causa, con cálculo é in-

tencion deliberada, habia venido á deshonrar la casa de su amigo.

No por amor verdadero, porque el verdadero amor tiene sentimientos generosos que seducen aun á aquellos mismos que son víctimas, sino por especulacion.

Este era, sí, para quien no debia haber gracia, al que se deberia aplastar como á un reptil venenoso que se encuentra al paso.

Salido vencedor de aquella lucha moral que durante algunas horas estuvo sosteniendo, el conde de Puysaie reconoció que debia perdonar á Hortensia, y los sentimientos de ira, de rencor y venganza que hacia unos momentos antes sentia en su alma, fueron reemplazados por sentimientos de dulzura y de lástima.

Hacia un momento que hubiera deseado tenerla allí para ahogarla; y ahora deseaba tambien tenerla para decirle:

— ¡Os perdono!

Dominado por estas ideas, se sentó delante de su mesa de despacho, tomó una hoja de papel y escribió precipitadamente:

« Hortensia, querida esposa mia: Próximo á morir, y á morir por vos y por vuestra causa, siento una necesidad irresistible de escribiros estas líneas.

» ¿Las llegareis á recibir? lo ignoro, puesto que no conozco el lugar en donde os habeis refugiado. No importa: no quiero que se diga que he salido de este mundo sin haber escrito sobre esta misma página estas palabras: « Yo os perdono », y esta otra: « Perdonadme. »

» Teniais razon, querida mia, en lo que me deciais en la carta que me habeis dirigido desde vuestro *Refugio* misterioso. Los dos hemos sido culpables, y ambos hemos sido justamente castigados el uno por el otro. Hoy dia ya no siento odio en mi corazon, sino una profunda tristeza... y una gran pena tambien... la de dejar de existir sin volver á veros y estrecharos contra mi corazon por última vez... »

Aquí llegaba de su carta, cuando sintió pasar sobre su cabeza un soplo ligero y oyó un gemido ahogado: se volvió vivamente y se encontró cara á cara con Hortensia que detrás de él, estaba leyendo por encima del hombro, las líneas de su carta, segun las iba escribiendo.

Se habia cumplido la prediccion del dominó negro.

XXXVIII

EL TESTAMENTO DE MUERTE.

El doctor Toinon, que continuaba siendo un viejo coqueton y verde, se hallaba alojado como una elegante señorita.

Nada habia mas lindo que su pequeño salon adornado con muebles de palo de rosa, con embutidos y con laca.

Las rinconeras y las mesas estaban llenas de mil juguetes y monadas, habia en la chimenea figuritas de Pradier, y en las paredes, colgados muchos cuadros á la aguada, representando objetos mas que risueños.

Semejantes adornos hacian creer á primera vista que se hallaba uno en algun sitio sospechoso, y no se admiraba al oír erugir los vestidos de seda detrás de las mamparas chinescas del salon.

Al doctor Toinon le gustaban las mujeres, y las mujeres gustaban de él.

Por el momento, sin embargo, en el gabinete del elegante doctor, que era un verdadero retrete de señora, se trataba de cuestiones muy graves.

El padrino que habia elegido Fritz en los primeros momentos, se habia negado á concurrir al duelo en vista de las desusadas condiciones del conde de Puysaie, de modo que el coronel habia tenido que recurrir al buen doctor.

Por eso se hallaban reunidos en su gabinete, Fritz y M. José de la Cruz.

Este último acababa de dar cuenta con toda claridad de las intenciones, — por no decir voluntades, — del conde de Puysaie, es decir, duelo á pistola á diez pasos de distancia, y continuar haciéndose fuego hasta que cayese uno de los combatientes.

Nadie era menos belicoso, como de ello hemos suministrado las pruebas, en el curso de nuestra historia, que este pobre doctor Toinon.

Aun cuando no se hallase directamente interesado en el negocio, le temblaban las carnes solo á la idea de pensar en tener que presenciar semejante combate.

Así trató de excusarse tímidamente, pero el coronel Fritz lo contuvo desde las primeras palabras diciéndole:

— No, doctor, las condiciones de mi adversario yo las hago mias aun cuando propusiese batirnos con una sola pistola y á boca de jarro.

Al oír este modo de expresarse, M. José le echó una mirada casi simpática.

— A lo menos, pensó entre sí, este es valiente.

— Entonces, dijo en alta voz, ¿aceptais la pistola y las condiciones que estoy encargado de transmitir?

— Las acepto, dijo gravemente el coronel.

— ¿Qué sitio?

— El que gusteis.

— ¿Qué hora?

— La que os agrade.

— Entonces, Meudon, á las seis de la mañana.

— Allí estaremos.

Terminada la mision de M. José, los tres se saludaron friamente, pero con esmerada urbanidad, y José se retiró.

Toinon, que hasta aquel momento no habia representado en esta entrevista sino un papel insignificante, luego que hubo marchado M. José y se encontró solo con el coronel, no pudo contenerse mas y estalló.

Mientras estuvo allí el vizconde de la Cruz no se atrevió

á chistar, porque sabia que aquel era demasiado honrado y le causaba miedo.

— Vamos á ver... ¿estás loco? exclamó: te estás conduciendo como un calavera, como una cabeza sin seso.

— Tienes razon, Toinon, cabeza sin seso es la verdadera palabra, porque tengo el presentimiento que no volveré de allí con vida.

— Entonces, ¿para qué vas allá? dijo Toinon.

— Porque es indispensable.

— ¡Ah! ¡diantre! exclamó el doctor cuya voz de flautin encontró esta vez un tono casi patético, no, nunca llegarás á convencerte de que es indispensable que un mozo honrado, lleno de juventud y de vida, y querido de las damas, tenga necesariamente que ir á que le metan en la mollera veinte y cinco gramos de plomo.

— Si yo no fuera, quedaria deshonrado.

— ¡Bah! ¡bah!... exclamó el doctor; tonterías son esas... necias preocupaciones... ¡qué diablo! los niños aprenden en las escuelas que el duelo es una cosa inmoral... que el duelo...

Y preparándose para pronunciar un discurso sobre la inmoralidad del duelo, el buen doctor se mecía en su sillón, y se retorcia sus bigotitos siempre negros. — Si se hubiese de matar á todos los maridos burlados por sus mujeres, ó si hubiese de dejarse uno matar por ellos, querido mio, habria mucho que hacer en este mundo. — Ese caballero es un hombre ridiculo, — en el siglo diez y nueve, y cuando estamos en pleno progreso, no se toman, ni deben tomarse las cosas tan á pecho. ¿Por qué no vendria mañana el tal señor á pedirte que le dieras tu corazon para hacérselo comer en empanada á su Gabriela de Vergy?

— Dejémoslo de bromas, dijo secamente el coronel, yo debo batirme y me haré.

— Y tú lo matarás, ó él te matará á tí, ¿no es eso?

— En los términos y condiciones con que el combate debe verificarse, veo muy difícil que pueda suceder de otra manera.

— Y en medio de toda esta historia, dijo Toinon exasperado, tú no te acuerdas ni un solo momento de mí... ni en la posicion comprometida en que me pones. ¡Qué diablo! yo no soy un espadachin... tengo una posicion que conservar y una clientela que no puedo comprometer... sin contar con que los tribunales...

¡Ah! solo el pensar en ello me da frio en la espalda, y yo no sé verdaderamente si á pesar de mis deseos de serte útil deberia permitir...

— Yo no te pido ningun permiso, replicó Fritz con despego... necesito un padrino, y tú lo serás... Ya sabes bien, querido, que no puedes rehusarme nada, ni á mí, ni tampoco á M. Gigant.

Él es, y él solo, quien ha montado toda esta trama. Yo arriesgo mi pellejo, pues justo es que, vosotros mis dignos sócios, arriesguéis el pago de los trebejos rotos. Si el negocio llega á tener que ir ante los tribunales, tanto mejor...

Tal vez, el juez de instruccion será mas hábil que yo, y llegará á desenredar la madeja y descubrir los hilos de esta

trama de la que yo he sido cómplice en un principio, para llegar á ser despues la primera victima.

Así, pues, dejémoslo de lamentaciones... acuéstate y trata de dormir si tienes sueño, que yo te despertaré cuando llegue la hora.

El doctor Toinon no era el valor personificado, y bastaba solo hablarle gordo y firme, para hacerle ceder.

Así fué que despues de balbucear tímidamente algunas palabras, á las que el coronel no respondió sino frunciendo las cejas, se retiró á su dormitorio.

Tan luego como Fritz se halló solo, se acercó á un escritorio de laca, un lindo bufete muy propio para escribir cartas amorosas; sacó de uno de sus cajoncitos algunas hojas de papel perfumado y elegante, con las iniciales en cifra del doctor, y se puso á escribir lo siguiente:

« Señor conde,

» Mi resolucion está tomada: aun tengo sobre mis labios y sobre mi corazon el único beso que mi hija me haya dado, y este beso lo debo á vuestra generosidad.

» Cuando leais esta carta ya habré muerto.

» Vos sois un hombre honrado... y por legitimo y justo que sea vuestro rencor, no debe ir mas allá de la tumba. Por eso es á vos, á vos, mi adversario, á quien he ofendido tan cruelmente como un hombre puede hacerlo á otro, á quien nombro por mi testamentario y albacea.

» Encontrareis adjuntas en este sobre dos cartas; hacédlas entregar á quien van dirigidas; este es el último ruego del amigo indigno que va á pagar su traicion con su sangre.

» Coronel FRITZ. »

Las otras dos cartas estaban concebidas de este modo:

« Liliás, querida hija mia, tú eres la que, sin saberlo, has pronunciado mi sentencia de muerte. La vida se me ha hecho insoportable desde aquel dia en que, sin conocerme, has manifestado inocentemente la aversion que yo te inspiraba. Tenias razon, alma querida... tu instinto te decia que yo era el último de los hombres, é indigno de ser tu padre.

» Hija mia, las gentes honradas y dichosas dejan á su posteridad una herencia inestimable, un recuerdo de lealtad, un nombre honrado, una fortuna legitimamente adquirida; mientras que yo no te dejo sino la miseria y el oprobio de tenerme por tu padre.

» Pero al mismo tiempo te lego tambien un deber.

» El de borrar con tu linda mano blanca estas manchas y el de curar estas llagas.

» He hecho bien desgraciada á tu pobre madre, y no sé si llegará á tener algun dia consuelo. Para eso cuento contigo.

» Sea el que quiera el sacrificio que te impongan, sean cuales fueren las amarguras que tengas que sufrir, acéptalas todas sin quejarte, con resignacion, en memoria mia, por mí que, en este momento y por la primera vez de mi vida, siento que soy casi bueno.